

Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera¹

Dale J. Pratt



© Dale J. Pratt, 2019

Traducción de José Viera

Visto meramente como un *tecnthriller* de ciencia ficción, *La red de Indra* (2009), del escritor valenciano Juan Miguel Aguilera, puede parecer un giro en su trayectoria literaria. Aguilera empezó su carrera con trabajos coescritos con Javier Redal, comenzando con el relato «Sangrando correctamente», publicado en la importante revista *Nueva Dimensión* en 1981. El trabajo colaborativo de Aguilera y Redal incluye la creación de una vasta civilización humana en el cúmulo globular Akasa-Puspa, ambientando veinticinco millones de años en el futuro, explorado por primera vez en las ahora clásicas novelas *Mundos en el abismo* (1998) e *Hijos de la eternidad* (1989) y reconvertido y continuado por el dúo en «Ari, el tonto» (1992), «Maleficio» (1995), *Mundos en la eternidad* (2001) y más tarde por Aguilera solo en *Mundos y demonios* (2005). También han escrito *El refugio* (1994), más tarde remodelado como *Némesis* (2011). Todos estos trabajos fusionan ciencia ficción *hard* con elementos de space opera y reflexiones religiosas y metafísicas para inducir lo sublime, afectando tanto a los personajes dentro de los textos como a los lectores; *Mundos en el abismo* e *Hijos de la eternidad* muestran claras influencias de novelas como *Dune* (1965), *Ringworld* (1970), *The Mote in God's Eye* (1974), y *Rendezvous with Rama* (1973).

¹ Publicación original: «The Jewels of Indra's Net: Sublime Cosmologies and Juan Miguel Aguilera», *Science Fiction Studies*, 44.2 (2017): 282-293.

Por su cuenta, Aguilera ha escrito el a menudo antologizado relato de ciencia ficción *hard* «El bosque de hielo» (1995), la obra maestra *La locura de dios* (1998) —una novela steampunk medieval sobre una (exitosa) búsqueda del reino de Prester John— y otras dos fantasías históricas, *Rihla* (2003; título original árabe), y *El sueño de la razón* (2006). Aguilera colabora regularmente con otros autores aparte de Redal, habiendo escrito la breve novela (casi un esquema) *Contra el tiempo* (2001) y la novela juvenil *Oceanum* (2012) con Rafael Marín; la creación del guión para la película *Náufragos* (2001) con Eduardo Vaquerizo; y su reciente novela de plaga de zombis *La zona* (2011) con Javier Negrete.

El objetivo de este estudio es demostrar que el cuento «Todo lo que un hombre puede imaginar» (2005), compuesto separadamente como un homenaje a Jules Verne en el centenario de su muerte, es en realidad tanto una fuente de inspiración como la conclusión natural para la novela *La red de Indra*, en la cual aparece como un apéndice. Este caso práctico iluminará las formas en las que todos los trabajos individuales de Aguilera se reflejan e influyen mutuamente. El título del relato hace referencia a la famosa pero errónea cita atribuida a Verne, «Todo lo que una persona puede imaginar, otros pueden hacerlo realidad»². Como muchos autores,

² Garnt de Vries ofrece una útil genealogía de esta apócrifa declaración en su página web. La fuente más anti-



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

Aguilera escribe novelas enteras para explorar temas y motivos originalmente propuestos en sus textos anteriores. Los delfines inteligentes en el espacio, mencionados por primera vez en *Mundos en el abismo*, son elementos importantes en *Némesis*; una colosal galera de la edad de bronce de *Contra el tiempo* es resucitada temáticamente en *Oceanum*; del mismo modo, impactos cometarios y un encuentro entre cretenses antiguos, una «diosa» que viaja a través del tiempo, y nativos de México en *Contra el tiempo* reaparecen en *Rihla* como un cuento de «dioses» inmortales y extraterrestres que imponen sacrificios humanos aztecas para evitar las amenazas de cometas, y moros andaluces y turcos viajando a la América central precolombina. Un parásito/implante que permite la comunicación telepática en *La locura de Dios* y *Contra el tiempo* se convierte en un elemento argumental clave en *La red de Indra*. Algunas de las principales maravillas tecnológicas postuladas en la saga Akasa-Puspa (las máquinas autorreplicantes de Von Neumann y un enjambre de Dyson rodeando Sol) son reiteradas en las máquinas del tiempo de *La red de Indra* y el Punto Omega de «Todo lo que un hombre puede imaginar». La exploración que Aguilera y Negrete realizan de los aspectos grotescos de la tecnociencia contemporánea en su novela zombi *La zona* recuerda a la similitud entre los «deadies»/ «Geekks» y los habitantes de las películas «Living Dead» de George Romero, como se indica en *La red de Indra*. El hecho de que Aguilera modificara versiones de sus novelas de Akasa-Puspa (la contribución de Redal a los trabajos posteriores es limitada a la consultación en aspectos científicos) refuerza la idea de que considera su trabajo pasado como una mina para ideas futuras.

«Todo lo que un hombre puede imaginar»

gua de esta cita data de una necrología de Félix Duquesnel.

lleva este proceso un paso más adelante. Considerado como un relato independiente, en términos de estilo, temática y cualidades estéticas el texto está a la altura de «La estrella» o «Piel» de Elia Barceló (1991, 1989), «El centro muerto» de Arsenal (1994), «El bosque de hielo» del propio Aguilera (1993) y «La pared de hielo» y «El rebaño» de César Mallorquí (ambas de 1993), indudablemente algunos de los mejores cuentos de todos los tiempos en la ciencia ficción de España. En su importante antología *Prospectivas* (2012), el académico español Fernando Ángel Moreno comenta en su breve introducción a «Todo lo que un hombre puede imaginar» que piensa que «esta antología no podría contener una mayor canción de amor al cosmos, a los seres humanos, a la vida y, sobre todo, al género de la ciencia ficción. No es prospectiva, no es historia alternativa. Es una historia del Punto Omega, ese lugar al final del tiempo, donde el universo entero es el protagonista, y la humanidad es su amante» (128). El mismo crítico comenta en otro texto:

El refugio y *La red de Indra* [...] [son novelas] de menores ambiciones que [*Mundos en el abismo* e *Hijos de la eternidad*] y más orientadas a las aventuras. *La red de Indra*, por ejemplo, combina una trama de thriller con la ciencia ficción *hard* con una serie de aventuras de proporciones cósmicas en la línea de la ciencia ficción más clásica, en una entretenida actualización de las novelas de BEM. (2010: 423-424)

Los comentarios de Moreno no son inciertos. Si consideramos el cuento como una fuente de inspiración para la novela, encontramos elementos repetidos y elaborados de la misma forma que otros muchos textos de la obra de Aguilera. También debemos estar de acuerdo con la idea de Moreno de que *La red de Indra* dedica más tiempo a la elaboración de aventuras y batallas de pistolas contra los BEM que gran parte de sus otros trabajos. Si supo-



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

nemos que los dos textos, compuestos separadamente, confluyen bien como uno solo, encontramos que la novela completa y es completada por el cuento; la suma es mayor que las partes. *La red de Indra* ofrece una trama de aventuras motivada por problemas realistas formulados a través de la ciencia ficción *hard* y allana el camino para el final más sublime de «Todo lo que un hombre puede imaginar», que a su vez eleva el listón y otorga un significado trascendente a la acción en la novela. En el caso de que la novela sea relanzada alguna vez en una nueva edición, debería incluir este cuento como su conclusión.

El hecho de que Aguilera modificara versiones de sus novelas de Akasa-Puspa [...] refuerza la idea de que considera su trabajo pasado como una mina para ideas futuras.

El término «Punto Omega» fue acuñado por el jesuita francés Pierre Teilhard de Chardin y adoptado posteriormente por pensadores diversos como el físico y cosmólogo Frank J. Tipler y el inventor y futurista Ray Kurzweil. El resultado final de los mecanismos de la teoría de Teilhard sobre la evolución del universo (la Ley de complejidad-conciencia) es el Punto Omega, el momento y lugar de la máxima complejidad y conciencia, el estado final del universo (véanse *Le Phénomène humain* y *L'Avenir de l'homme*). El propio Darwin predice este sublime destino para el universo en evolución en las últimas líneas de *On the Origin of the Species* (*El ori-*

gen de las especies, 1859), de Charles Darwin³:

Así, la cosa más elevada que somos capaces de concebir, o sea la producción de los animales superiores, resulta directamente de la guerra de la naturaleza, del hambre y de la muerte. Hay grandeza en esta concepción de que la vida, con sus diferentes fuerzas, ha sido alentada por el Creador en un corto número de formas o en una sola, y que, mientras este planeta ha ido girando según la constante ley de la gravitación, se han desarrollado y se están desarrollando, a partir de un principio tan sencillo, infinidad de formas las más bellas y portentosas. (408)

Lo sublime implica amplitud y un increíble poder físico, el de la naturaleza y también el de la tecnología avanzada. Las referencias de Darwin a la «grandeza» de la evolución y sus «infinitas» posibilidades, junto a los superlativos «las más bellas y portentosas», encendieron la imaginación de Teilhard, Tipler, y Kurzweil. Tipler defiende (205-268) que cuando se acerque el fin del tiempo el universo estará repleto de, y controlado por, la conciencia, y que la asintóticamente infinita cantidad de información que inculca al universo será procesada por esta conciencia de una forma tan infinitamente compleja que todas las realidades posibles (o todos los multiversos posibles) se harán realidad, desde el comienzo de los tiempos hasta el Punto Omega. Todos los seres pasados serán informacionalmente resucitados para revivir sus vidas en sus propios mundos y vivir otra vez en mundos nuevos (255-256). Sin mencionar a Tipler, Kurzweil también reflexiona regularmente sobre la posibilidad de que la inteligencia (normalmente post-humana y post-singularidad) algún día llene el universo:

³ Todas las citas son traducciones propias de la fuente original.



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

Los cosmólogos discuten sobre si el mundo acabará por culpa del fuego (un *big crunch* comparable al *big bang*) o el hielo (la muerte de las estrellas a medida que se propagan en una expansión eterna). Sin embargo, esta discusión no toma en consideración el poder de la inteligencia, como si el surgimiento en la gran mecánica celestial que gobierna el universo. ¿Cuánto tiempo nos llevará expandir nuestra inteligencia en su forma no biológica a través del universo? [...] [N]uestro sino es despertar al universo para luego decidir inteligentemente cuál es su destino imbuyéndole de inteligencia humana en su forma no biológica. (1994: 282)

El discurso de Kurzweil sobre la singularidad a menudo se parece a las semi-místicas especulaciones de Teilhard sobre la Noosfera, pero Tipler llena su libro con ecuaciones y notas. En un fascinante intercambio con el afamado cosmólogo Kip Thorne en el simposio de la Skeptics Society en 1995, Tipler expone su teoría y aun así admite que «mi predicción [es] que el universo es cerrado y tiene que recolapsar... Y estoy mojándome al decir que una de esas medidas —la edad de las estrellas más antiguas, o la constante Hubble— debe de ser incorrecta. Y las medidas actuales de densidad (por ejemplo, el cálculo de la masa total del universo) deben de ser incorrectas» (Thorne y Tipler, 1996: 64). Como se muestra a continuación, Aguilera resuelve el problema de la densidad de Tipler en *La red de Indra* y ofrece así firmes fundamentos científicos (por ejemplo, un universo en colapso en lugar de uno con final abierto) para que el universo, como dice Kurzweil, «decida inteligentemente su destino» creando el Punto Omega descrito en «Todo lo que un hombre puede imaginar». Curiosamente, la frase de Darwin «la cosa más elevada que somos capaces de concebir» expresa una idea bastante similar a la máxima atribuida a Verne sobre «todo lo que un hombre puede imaginar»: ambas invitan a un encuentro con lo sublime.

Aguilera no es nadie ajeno a lo sublime. El

descubrimiento y exploración de un sistema solar compuesto de un planeta con un anillo artificial y unos planetas troyanos acompañantes englobados dentro de un enjambre de Dyson propulsa la acción en *Mundos en el abismo* e *Hijos de la eternidad*. Las novelas retratan una terraformación masiva, una ingeniería genética que abarca milenios, la presencia de multitudes de antiguos elevadores del espacio («Babeles») a lo largo de Akasa-Puspa, la existencia de criaturas gigantescas que moran por el espacio («Juggernauts»), así como los diminutos, altamente evolucionados, e irreconocibles descendientes de humanos colonizadores de las nubes cometarias de Oort («Colmeneros»). Los Colmeneros dominan un arsenal de armas inmenso y hacen planes en una escala de millones de años para proteger el sistema Dyson (nuestro antiguo sistema solar) que controlan. En el clímax de *Hijos de la eternidad*, los Colmeneros coordinan una inmensa proyección gráfica de una cara humana en la superficie interior del enjambre de Dyson, a lo largo de cientos de millones de kilómetros de «píxeles» gigantescos, para demostrar su fuerza.

Los mundos imaginarios por Aguilera evocan lo sublime más allá del universo de Akasa-Puspa. Por ejemplo, en *Némesis*, un rayo altamente concentrado emitido desde la nube de Oort oblitera toda vida humana en unas pocas horas. En *La locura de dios*, Ramon Llull y sus compañeros combaten amplias multitudes de legiones «demoniacas». En *Oceanum*, tres adolescentes sobreviven a un huracán en un pequeño catamarán y cruzan a un mundo paralelo para encontrar un barco de madera del tamaño de una ciudad. En *Contra el tiempo*, un par de seres que documentan los últimos días de la existencia de la Tierra viajan miles de millones de años en el tiempo para examinar el pasado, todo ello para acabar aterrizando forzosamente cerca de la península de Yucatán y aniquilando a los dinosaurios y a la mayoría del resto de es-



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

pecies del planeta en el posterior invierno nuclear. La superviviente femenina se convierte en la «Diosa Blanca» de dos civilizaciones antiguas, una idea llevada a *La red de Indra*, cuyo personaje Kaplan, un «recolector de almas» inmortal que viaja por el tiempo, explica que se encuentra en la raíz de al menos tres religiones terrenales (250).

Las novelas retratan una terraformación masiva, una ingeniería genética que abarca milenios, la presencia de multitudes de antiguos elevadores del espacio [...] a lo largo de Akasa-Puspa, la existencia de criaturas gigantescas que moran por el espacio [...], así como los diminutos, altamente evolucionados, e irreconocibles descendientes de humanos colonizadores de las nubes cometarias de Oort.

Tanto el título de *La red de Indra* como el de «Todo lo que un hombre puede imaginar» evocan lo sublime. La máxima «todo lo que

una persona puede imaginar» resuena claramente con la *Critik der Urteilskraft (Crítica del juicio*, 1790) de Immanuel Kant, en el sentido de que nuestra resistencia mental a la percepción de lo infinito triunfa no porque pongamos límites a los poderes de nuestra imaginación o al asombro inspirado por las infinidades naturales o matemáticas, sino porque nuestra facultad racional puede juzgar la experiencia, distanciarnos del peligro de lo infinito, y sostener a la mente como una fuerza superior a la naturaleza (Kant, 1951: 100-102; Pratt, 2015b: 51-52). El mito de la Red de Indra viene del Avatamsaka Sutra, uno de los textos principales del Budismo del Este de Asia, y sirve como un epígrafe a la novela eponímica de Aguilera⁴:

Lejos, en la morada celestial del gran dios Indra, yace una maravillosa red que ha sido tendida por un astuto artesano de tal manera que se extiende infinitamente en todas las direcciones. En concordancia con los gustos extravagantes de las deidades, el artesano ha colocado una joya reluciente en cada «ojo» de la red, y dado que la red en sí es infinita en dimensión, las joyas son infinitas en número. Ahí yacen las joyas, brillando como estrellas de primera magnitud, una maravillosa vista que contemplar. Si ahora elegimos arbitrariamente una de esas joyas para inspeccionarla y la miramos de cerca, descubriremos que en su pulida superficie se reflejan todas las otras joyas de la red, infinitas en número. No solo eso, sino que cada una de las joyas reflejadas en esta también refleja a todas las otras, por lo que hay un infinito proceso de reflejos tomando lugar. (Cook, 1977: 2)

Las imágenes infinitamente multiplicables

⁴ Hemos de señalar que Indra también es un importante dios hindú, el líder de los Devas. Indra cabalga un elefante blanco, armado con un arco y un rayo llamado Vajra (otro eco de *Mundos en el abismo*), en el que la nave imperial alimentada por fusión y que investiga el enjambre de Dyson también es llamada Vajra.



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

de las joyas reflejándose mutuamente para siempre son un caso paradigmático de lo sublime matemático. A diferencia del cuento «El Aleph» (1945) de Jorge Luis Borges, en el que un pequeño objeto esférico contiene el universo entero, la Red de Indra tiene una extensión infinita, y tanto en *La red de Indra* como en «Todo lo que un hombre puede imaginar» de hecho constituye el universo, que se expande durante gran parte de su vida para finalmente contraerse en la Gran Implosión.

Como si fueran dos joyas reflejándose mutuamente en la Red de Indra, la novela y el cuento son mutuamente complementarios. Dada la frecuente reelaboración de Aguilera con su material previo, sumada al metacomentario implícito en escribir un texto imaginativo titulado «Todo lo que un hombre puede imaginar», una lectura cercana del argumento puede servir como mapa de todos los textos y métodos de Aguilera en extenso detalle. Para dicho fin, un resumen cuidadoso de la novela y el cuento es necesario. En *La red de Indra*, un pequeño equipo militar y científico investiga un gran y misterioso objeto alienígena (llamado geoda) enterrado en estratos laurentinos de dos miles de millones de años bajo la tundra canadiense. El equipo perfora la geoda, que contiene en su centro una estructura cilíndrica que encierra una micro-singularidad, para terminar encontrándose a sí mismos atrapados en una «región de contención» que les separa del resto del universo (incluyendo su calor). Cuando la temperatura ambiente se desploma, el desesperado equipo pilota su pequeño avión a través de la singularidad hacia lo que luego descubren que es la Tierra 236 millones de años en el futuro. La geoda ahora descansa en la superficie del planeta. Todo ha cambiado hasta volverse irreconocible, incluso las posiciones de las estrellas; salvo la Luna, que permanece reconocible a pesar de su menor diámetro aparente y los restos visibles de ciudades en su superficie. Nuevas aventuras

se suceden. Los Geekks bípedos, inteligentes pero primitivos descendientes de los pájaros en el nuevo mundo, están siendo atrapados por «los crabs» [cangrejos] que viajan por el tiempo, máquinas pilotadas por «las arañas», pequeñas criaturas de diez piernas que, mediante el milagro de la convergencia evolucionaría, han desarrollado la capacidad de manipular el material que forma la geoda e incluso controlar su microsingularidad⁵. Parte del equipo, incluyendo el joven genio Neko y Kaplan (quien más tarde resulta ser agente viajero del tiempo de las geodas, que a su vez no son realmente objetos alienígenas, sino seres alienígenas en sí) son capturados por los crabs y llevados a su época originaria, otros cinco miles de millones de años en el futuro, donde dominan la Tierra durante los últimos estertores del sol. Los otros miembros del equipo realizan descubrimientos sobre la Tierra de 236 millones en la Era común, incluyendo evidencia de la existencia de muchas capas de civilizaciones pasadas, y el chamánico pero efectivo conocimiento médico de los Geekks.

Una interfaz telepática hace posible varias conversaciones y visiones oníricas sublimes compartidas por Neko y Kaplan sobre el origen, la naturaleza y el destino del universo. Kaplan explica que «nuestro» universo no es más que un fragmento de un universo anterior y mucho más grande, el hogar originario de los seres geoda. Neko presencia la multiplicación de los seres geoda en una atmósfera cargada de energía en el nacimiento de «nuestro» universo, y la subsecuente formación de un nexo de geodas conectado por agujeros espacio-temporales a lo largo de todo el universo. Neko comenta sorprendido: «Es como la red de Indra, de la mitología hindú.

⁵ La pronunciación de la palabra en español se asemeja a «hay-ecks» en inglés, pero el juego de palabras visual con la palabra inglesa «geeks» concuerda con muchos otros guiños pop/culturales en la novela.



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

Una red infinita con una joya en cada uno de sus nudos» (248). Kaplan explica que en un futuro lejano, el nexo de geodas ha perdido contacto con una joya en la red (que resulta ser la geoda de la Tierra), creando «el Oculto», una laguna en las memorias grabadas del universo. Kaplan fue enviado a la Tierra antes del crecimiento de la humanidad para descubrir y resolver el problema, porque, dice, «no hay nada más escaso y valioso en el universo que una mente dotada de inteligencia. No hay dos iguales y son irrepetibles, y la pérdida de cada una se puede comparar con la muerte de un universo entero» (Aguilera, 2009b: 249). Cuando los humanos finalmente desarrollan la tecnología para localizar y penetrar la geoda (en la primera década del vigésimo primer siglo), Kaplan logra acceder al equipo que la investiga. Tras muchas aventuras luchando contra los crabs, Kaplan y Neko escapan, el primero a su hogar en el lejano futuro con noticias sobre la naturaleza de «El Oculto», el segundo «de vuelta» a la tierra de 236 millones de años en la Era Común. Con los crabs a punto de seguirle a través de la microsingularidad, Neko utiliza la interfaz para cambiar una porción de la estructura de la geoda e inducir una implosión cataclísmica de esta, creando sin querer «El Oculto» y atrapando para siempre al resto del equipo a cientos de millones de años de distancia de su hogar. En el epílogo de la novela, el equipo, acompañando por un grupo de Geekks, parte en una travesía río abajo siguiendo pistas sobre criaturas potencialmente humanas en apariencia que habiten su nuevo mundo⁶. La última frase de la novela, antes del adjuntado «Todo lo que un hombre puede imaginar», dice: «[Neko tuvo el fugaz pensamiento], de que quizá había algo maravilloso esperándoles al

final del viaje» (296), posiblemente uno de los mayores sobreentendidos de la ciencia ficción española. El mensaje sublime de tanto *La red de Indra* como «Todo lo que un hombre puede imaginar» es que, efectivamente, las maravillas más grandes nos esperan en el Punto Omega (Aguilera, 2009a: 262-263; 2009b: 315 y siguientes).

Una interfaz telepática hace posible varias conversaciones y visiones oníricas sublimes compartidas por Neko y Kaplan sobre el origen, la naturaleza y el destino del universo.

«Todo lo que un hombre puede imaginar» es relatado en primera persona por un hombre joven que en 1899 visita a un anciano Jules Verne en su hogar de Amiens. Nos enteramos junto a Verne de que el narrador es un Pierre Teilhard de Chardin de 18 años que siquiera ha entrado aún en la Orden Jesuítica. A Teilhard le cuesta expresar su emoción al encontrarse con Verne: «¿Cómo describir el primer encuentro con una persona a la que has admirado desde hace tanto tiempo, cuyos libros has devorado desde que eras un niño? Siempre intenté imaginar cómo sería el gigante de la imaginación capaz de crear tales obras, y ahora lo tenía frente a mí» (298)⁷.

⁶ Otro guiño: Pangea Última, el megacontinente de 236 millones de años en el futuro, tiene la forma de un anillo rodeando un océano interior, convirtiendo así a la tierra en un «mundo-anillo» (un reconocimiento a Larry Niven, una de las mayores influencias de Aguilera) (294).

⁷ La idea de visitar a un anciano Verne también aparece en la estrafalaria obra *Pourquoi j'ai tué Jules Verne* de Bernard Blanc (1978), que narra la construcción del au-



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

Teilhard logra tartamudear un saludo, verdaderamente impresionado de encontrarse en presencia de Verne. Le cuenta a Verne el impacto que este ha tenido en su vida e imaginación: «usted para mí, y para millones como yo, es un gran maestro, el artista que he admirado desde niño. Sus novelas han deleitado a mi generación, y estoy convencido de que seguirán maravillando a las generaciones venideras más que la obra de cualquier otro novelista de nuestros tiempos» (299)⁸. En este momento de su vida, Verne padece físicamente debido a una herida de disparo malamente curada en su pierna, asestado por su trastornado sobrino Gaston, y mentalmente y emocionalmente a causa de decepciones profesionales y familiares. Curiosamente, dado lo que luego aprendemos sobre el narrador de la historia, Teilhard se asombra ante el estudio del autor como el lugar de nacimiento de muchos de sus trabajos: «Intenté grabar en mi mente todo lo que veía, no perder detalle» (300). Teilhard le comenta a Verne que sus novelas le llevaron a su vocación religiosa: «Descubrí mi vocación contemplando las maravillas de la creación, señor Verne, y sus libros contribuyeron a abrir mis ojos ante aquellas que eran lejanas y desconocidas» (302). También cita a dos de sus personajes, Dick Kennedy y Samuel Ferguson de *Cinq semaines en ballon*, observando que «Fergusson simboliza la fuerza del hombre de ciencia y su entusiasmo por descubrir siempre nuevos horizontes» (302). El desilusionado Verne ruega a Teilhard que no confunda la ficción con la realidad, y continúa: «la vida es mucho más injusta y cruel que las novelas, y los finales felices no abundan para aquellos

personajes que habitan en el mundo real. Lo cierto es que todos perdemos al final. Todos» (302). Pero en su rescate del amargado Verne, Teilhard está siguiendo la vieja máxima sobre cómo todo lo que un hombre puede imaginar, otros hombres pueden llevarlo a cabo.

Aunque Verne intenta terminar la entrevista, Teilhard le invita a salir de su casa y caminar por las calles de Amiens. Verne, y el lector, comienzan a sospechar que hay algo extraño. El reflejo de Teilhard en una ventana muestra no un hombre joven, sino una persona mucho mayor. El lector puede empezar a suponer que está leyendo una historia sobre un Teilhard de Chardin que viaja en el tiempo, pero a lo largo de la historia el narrador fuerza a los lectores a expandir sus horizontes, justo como Verne hizo para sus públicos originales, y como Verne debe hacer ahora en la historia. Se montan en un globo a presión pilotado por un famoso amigo de Verne, «Nadar» (Gaspar-Félix Tournachon), cuyas proezas en la vida real ayudaron a inspirar *Cinq semaines en ballon* y el personaje Michael Ardan de *De la Terre à la Lune* (1865). Conforme ascienden hacia lo imposible alto sobre la Tierra, Teilhard de Chardin revela la verdad sublime de que Verne ha estado habitando una simulación del mundo de 1899 englobada, junto con otros incontables posibles mundos y tiempos, dentro de una esfera de Dyson al filo del tiempo y el espacio. Verne exclama, con lágrimas en sus ojos, «Gracias. Jamás [lo] hubiera imaginado». El ahora envejecido Teilhard responde, «Seguro que sí, señor Verne... ¿Acaso no dijo usted que “Todo lo que un hombre pueda imaginar, otro hombre podrá realizarlo”? Pues esa es la verdad que hay detrás de todo esto. Con el tiempo suficiente, el poder de la inteligencia es capaz de realizar todo aquello que pueda imaginarse» (313). Verne abre sus ojos al potencial de la eternidad con ayuda de Teilhard, justo como el joven Teilhard había aprendido a maravillarse ante el cosmos mediante los

tor/editor de una máquina del tiempo para viajar al Amiens de 1905 y asesinar a Verne, evitando así su abrumadora influencia en la ciencia ficción posterior. Véase «Why They Kill Jules Verne» de George Slusser.

⁸ En *La Red de Indra* ya encontramos muchos elementos «extraordinarios» que recuerdan a las novelas de Verne – viajes a tierras exóticas, numerosos artefactos, peleas de pistolas, extraños y primitivos pueblos, e incluso criaturas que se asemejan a globos aerostáticos pequeños.



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

libros de Verne. Teilhard explica, «en este, un punto de realización plena, más allá de los límites del tiempo y del espacio, renace en cuerpo y alma toda criatura que haya existido jamás en el universo» (315). La sublimidad de la evolución universal es el Punto Omega que restaura todo lo que una vez fue, con la oportunidad de aprender, crecer, y crear para siempre.

El siempre imaginativo Jules Verne logra sorprender al aparentemente omnisciente Teilhard: le pide a Teilhard que le muestre el Punto Omega. El narrador relata: «Dudé. Eso era algo que no estaba previsto... Pero, caramba, se trataba nada menos que de Jules Verne. Si alguien merecía contemplar el Punto Omega, era él» (317). En una escena reminiscente del famoso «Grabado Flammarion», en el que un peregrino medieval arrodillado se abre camino en el firmamento para ver el funcionamiento de las esferas que dominan el cosmos, Teilhard lleva a Verne fuera de la esfera de Dyson para ver el Punto Omega, que resulta ser una resplandeciente red de dichas esferas⁹:

En medio de las llamas se recortaba una inmensa malla entretejida de fibras negras y cambiantes, dotadas de vida propia. Era como una red que había adoptado forma esférica y en la que cada uno de sus nudos era una esfera de trescientos millones de kilómetros de diámetro como la que habíamos abandonado un instante antes y que estaba a nuestra espalda. Y había miles de millones de aquellos nudos. (318)

Estas no son joyas, sino esferas de Dyson, con un área de superficie de miles de millones de planetas dentro de cada una.

⁹ Una de las novelas póstumas de Jules Verne se titula *El faro al final del mundo* (completada en 1901, publicada en 1905). Aunque la novela no comparte nada con la ficción de Aguilera, el título evoca la luz cegadora del Punto Omega, brillando al final de la existencia.

La sublimidad de la evolución universal es el Punto Omega que restaura todo lo que una vez fue, con la oportunidad de aprender, crecer, y crear para siempre.

El cosmólogo Tipler ve un fallo fundamental en nuestra ciencia contemporánea: «[c]asi todo el espacio y el tiempo yace en el futuro. Al centrar su atención solo en el pasado y el presente, la ciencia ha ignorado casi toda la realidad» (1994: 2). Según Tipler, incluso en los últimos momentos del universo durante la «Gran Implosión», toda la realidad y eternidad se extiende ante las inteligencias en el Punto Omega. En palabras del Teilhard de Chardin de carne y hueso (al que podríamos llamar «el nuestro»): «El final de una “especie pensante”: no desintegración y muerte, sino un nuevo descubrimiento y un renacimiento, esta vez fuera del tiempo y el espacio» (2004: 303). En el cuento de Aguilera, cuando Verne regresa para explorar su propia esfera en el globo «de Nadar», declara su deseo de acompañar a Teilhard un día a conocer los creadores de las esferas. El sacerdote responde, «algún día. Tenemos toda la eternidad por delante, amigo mío» (Aguilera, 2009a:318-319).

El estudioso de ciencia ficción Istvan Csicsery-Ronay Jr. argumenta que en la mayoría de la ciencia ficción, «lo tecnosublime matemático establece meramente las cuestiones y las expectativas definitivas —los pretextos para la acción» (2008: 163)¹⁰. La ciencia fic-

¹⁰ Traducción propia.



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

ción *hard* de Aguilera se deleita en la sublimidad de sus maravillas tecnológicas y naturales. Los viajes temporales de Aguilera no se dan en unas semanas, décadas o milenios en el futuro; más bien toman lugar en una escala de cientos de millones de años¹¹. Los inmensamente largos desplazamientos temporales de *La red de Indra* destruyen todos los vestigios de nuestra civilización; no puede haber, por ejemplo, un Charlton Heston maldiciendo a la humanidad delante de las ruinas de la Estatua de la Libertad. Esta eliminación absoluta de todo vestigio de la existencia humana hace la promesa del Punto Omega más encantadora. El apéndice de *La red de Indra* parece a primeras un salto hacia atrás en el tiempo, desde las últimas líneas de la novela al 1899 de la Era Común en Amiens, Francia. De hecho, es el salto en el tiempo más largo posible entre el año 236 millón de la Era Común y cien mil millones de años en el futuro (el momento final del colapso de nuestro universo). La sublime red de miles de millones de esferas de Dyson deja a Verne mudo de la impresión, pero aún puede imaginarse un día en el que aprenderá lo suficiente como para apreciarlo todo. Sus propias posibilidades de crecimiento en inteligencia personal e imaginación superan lo que Csicsery-Ronay llama «el arco dramático de lo tecnosublime, [el] retroceso ante el poder indescriptible y la extensión de la tecnología» (161). El «retroceso» es mínimo en «Todo lo que un hombre puede imaginar», y en su lugar, encontramos una celebración constante y un deleite en los poderes de la imaginación, lo que Csicsery-Ronay llama la «recuperación a través de los juicios éticos sobre los efectos [de lo tecnosublime] en el futuro» (161). El hecho de que el informacionalmente resucitado Verne, Teilhard, y «Nadar» puedan caminar por las mismas calles de Amiens, incluso al tiempo

que cualquier otro mundo posible, real o imaginado, coexiste con ellos en el mismo estado atemporal, restaura la dignidad humana a su justo lugar de máxima exaltación en el universo.

Los riesgos en *La red de Indra* son altos: Neko salva la tierra de 236 millones de años en la Era Común de los crabs, pero ha creado el lugar Oscuro en la red de Indra, el espacio donde una joya/geoda se ha perdido. «El Oculito» también se refleja a través de todas las joyas de la Red; la pérdida de una desfigura la belleza de todas. Todas las especies inteligentes de la tierra son condenadas a desaparecer —no hay registro de su existencia en los programas de memoria de la red de Indra, por lo que no pueden ser resucitadas al final del tiempo y el espacio. Aun así, Kaplan escapa al futuro; al igual que Teilhard en «Todo lo que un hombre puede imaginar» puede trabajar con los creadores del Punto Omega para rescatar a Verne de la dolorosa estasis que sufre, Kaplan puede consultar con los «Geoditas» y recuperar la información perdida para dar lugar a la resurrección y restauración de las numerosas especies inteligentes de la Tierra. Durante su visión de la red de Indra, Kaplan le cuenta a Neko que incluso ha «recolectado» el alma de Teilhard de Chardin: «[él era] una persona fascinante. Hubiera sido una pena que desapareciese [del universo]» (Aguilera, 2009b: 249). Así, la visita de Teilhard de Chardin a la casa de Verne, y su subsecuente visión del Punto Omega al final del tiempo, es hecha posible por la visión de Kaplan y Neko del origen de la red de Indra antes del inicio del tiempo en este universo, ya que induce a Neko a ayudar a escapar a Kaplan. El equipo de exploradores de *La red de Indra* es aislado del mundo que una vez conocieron, y por ello deben explorar, al estilo de una novela de Verne, el mundo que ahora habitan. En «Todo lo que un hombre puede imaginar», el propio Verne se resguarda en sus viejos recuerdos, cómodos y dolorosos a la

¹¹ Para un análisis de las narrativas de viajes en el tiempo españolas, véase Pratt (2015a).



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

vez, en una réplica virtual de su hogar en Amiens. Verne, al menos, es invitado a dejar su pasado y comenzar a explorar su presente, donde todo lo que puede imaginar ha sido hecho realidad.

Los inmensamente largos desplazamientos temporales de *La red de Indra* destruyen todos los vestigios de nuestra civilización; no puede haber, por ejemplo, un Charlton Heston maldiciendo a la humanidad delante de las ruinas de la Estatua de la Libertad.

Toda la ficción de Aguilera responde a lo que Csicsery-Ronay llama «dos entrelazadas pero distintas preguntas sobre el mundo imaginario representado en el texto [de ciencia ficción]. Por un lado, [la ciencia ficción] pregunta si los cambios imaginarios son posibles; por el otro, las implicaciones éticas y sociales que podrían tener» (2008: 187). La saga de los Akasa-Puspa y «El bosque de hielo», con sus árboles de kilómetros de altura y criaturas capaces de sobrevivir en el vacío del halo cometa, son prueba de que Aguilera es un maestro en crear ecologías sublimes: posibles, sí, y llenas de sociedades exóticas, cada una con sus propios sistemas religiosos y éticos. Como Moreno observa, «Todo lo que un hom-

bre puede imaginar» no es ciencia ficción hard; más bien, explora y exalta las posibilidades de la imaginación y las maravillas infinitas que pueden ser concebidas por toda la inteligencia del universo trabajando en concierto, incluyendo la restauración de todo aquello que alguna vez existió. *La red de Indra*, sin embargo, proporciona la ciencia ficción hard —suposiciones racionales (si bien imaginativas), teorías, explicaciones, y resultados, de Tipler y otros— que sostiene la visión ética imaginada por Teilhard, Kurzweil, y, en cierto sentido, el propio Jules Verne, y explorada en «Todo lo que un hombre puede imaginar»¹². Puestas juntas, las dos partes de la historia, novela y cuento, responden preguntas fundamentales abordadas por la ciencia ficción.

Juan Miguel Aguilera imagina una conversación entre Jules Verne y Teilhard de Chardin, y *La red de Indra*, junto con su sublime apéndice, es el resultado. Muchos de los trabajos de Aguilera se ambientan en el mismo universo ficticio. En cierto sentido, todos sus trabajos tienen lugar en el universo de «Todo lo que un hombre puede imaginar»: cada texto es una joya brillante que refleja y es reflejada por cada uno de los otros textos, ya que resuenan en tema, técnica, estilo, imaginación, y detalles específicos. Efectivamente, la historia podría ser llamada de forma convincente «Todo lo que Aguilera puede imaginar». Afortunadamente, un título así no implicaría un límite o final, sino más bien la radiante promesa de futuros viajes «vernianos» a través de la imaginación de Aguilera.

¹² Las infinitas multitudes de microsingularidades dentro de las geodas de *La red de Indra* proveen la masa requerida por la teoría de Tipler para asegurar un final de «Gran Implosión» para nuestro universo, y asegura la inteligencia necesaria para completar el proceso de resurrección informacional al final de la historia.



Las joyas en *La red de Indra*: las cosmologías sublimes y Juan Miguel Aguilera

Agradecimientos

Me gustaría darle las gracias a Terry Harpold, Dale Knickerbocker, y John Rosenberg por sus útiles comentarios durante la revisión de este manuscrito.

Obras citadas

- Aguilera, Juan Miguel (1995, 2014). «El bosque de hielo», J. Díez y F. Á. Moreno (eds.), *Historia y antología de la ciencia ficción española*. Madrid: Cátedra, 315-72.
- (1998). *La locura de Dios*. Barcelona: Círculo de lectores.
- (2003). *Rihla*. Barcelona: Minotauro.
- (2005). *Mundos y demonios*. Madrid: Bibliópolis.
- (2005, 2009a). «Todo lo que un hombre puede imaginar». Apéndice de *La red de Indra*. Madrid: Alamut, 297-319.
- (2009b). *La red de Indra*. Madrid: Alamut.
- (2012). *Oceanum*. Barcelona: Edebé.
- , y Rafael Marín (2001). *Contra el tiempo*. Madrid: Artifex.
- , y Javier Negrete (2011). *La Zona*. Barcelona: Espasa.
- , y Javier Redal (1990). *Hijos de la eternidad*. Barcelona: Ultramar.
- , y Javier Redal (1988, 2013). *Mundos en el abismo*. Madrid: Bibliópolis.
- , y Javier Redal (2013). *Némesis*. Gijón, España: Sportula.
- , y Javier Redal (2015). *Mundos en la eternidad*. Gijón: Sportula.
- Cook, Francis H. Hua-yen (1977). *Buddhism: The Jewel Net of Indra*. University Park (PA): Penn State University Press.
- Csiscery-Ronay Jr., Istvan. (2008). *The Seven Beauties of Science Fiction*. Middletown (CT): Wesleyan University Press.
- Darwin, Charles. (1859, 2016). A. de Zulueta (trad.), *El origen de las especies*. Madrid: Espasa.
- De Vries, Garmt (2011). «Jules Verne Myths». *Garmt's Jules Verne Pages*. <http://verne.garmtdevries.nl/en/myths/> (Acceso: 6 de junio de 2016).
- Kant, Immanuel (1790, 1951). J. J. Bernard (trad.), *Critique of Judgment*. New York (NY): Macmillan.
- Kurzweil, Ray (2013). Carlos García Hernández (trad.), *Cómo crear una mente: El secreto del pensamiento humano*. Berlín: Lola Books.
- Moreno, Fernando Ángel (2012). *Prospectivas: Antología del cuento de ciencia ficción española actual*. Madrid: Salto de Página.
- , ed. (2010). *Teoría de la literatura de ciencia ficción*. Vitoria: Portal.
- Pratt, Dale J. (2015a). «'Londons,' Metafiction and Time Travel Narratology in Félix J. Palma's Victorian Trilogy», *Foundation* 44.2: 67-78.
- (2015b). «The Tattered Edges of Science: Cajal and the Limits of the Scientific Sublime», *Ometeca* 21: 51-65.
- Slusser, George E. (2005). «Why They Kill Jules Verne: Science Fiction and Cartesian Culture», *Science Fiction Studies* 32.1: 61-79.
- Teilhard de Chardin, Pierre (1955, 2008). B. Wall (trad.), *The Phenomenon of Man*. New York (NY): Harper.
- (1959, 2004). N. Denny (trad.), *The Future of Man*. New York (NY): Doubleday.
- Thorne, K.S., y Frank J. Tipler (1996). «A Cosmological Dialogue between Caltech Cosmologist Kip Thorne and Tulane Cosmologist Frank Tipler on the Physics of Immortality», *Skeptical Magazine* 3.4: 64-67.
- Tipler, Frank J. (1994). *The Physics of Immortality: Modern Cosmology, God and the Resurrection of the Dead*. New York (NY): Doubleday.